

EN LAS MONTAÑAS DE LA LOCURA



EN LAS MONTAÑAS DE LA LOCURA

H. P. LOVECRAFT

Traducción
Calvert Casey





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *At the Mountains of Madness*

Traducción de Calvert Casey

© Editorial Planeta, S. A., 1968

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustraciones de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Austral: septiembre de 2015

Primera en esta presentación: octubre de 2026

Depósito legal: B. 13.459-2026

ISBN: 978-84-322-5133-7

Composición: Realización Planeta

Impreso en España

I

Me veo precisado a hablar porque los hombres de ciencia se han negado a seguir mi consejo sin saber la razón. Voy completamente en contra de mis deseos al revelar los motivos que tengo para oponerme a esta proyectada invasión del Antártico —con su inmensa cacería de fósiles y sus horadaciones y licuaciones en escala gigantesca de los antiguos casquetes helados— y me siento tanto más reacio a hacerlo cuanto que mi advertencia puede caer en el vacío.

Es inevitable la duda sobre los hechos verdaderos, tal como debo revelarlos, pero si callara lo que parecerá extravagante o increíble no quedaría nada. Las fotografías, no publicadas hasta este momento, tanto las corrientes como las tomadas desde el aire, hablarán en mi favor, porque son espantosamente vívidas y descriptivas. Pero de ellas se dudará por lo lejos que es posible llevar una falsificación inteligente. De los dibujos en tinta se burlarán, claro, por ser muy evidente la impostu-

ra, a pesar de lo extraordinario de la técnica empleada, que debe llamar la atención de los peritos e intrigarlos.

Al final de todo, tengo que confiar en el juicio y la reputación de los pocos científicos de nota que tienen, por una parte, suficiente independencia de criterio para sopesar mis datos por sus méritos horriblemente convincentes o a la luz de ciertos ciclos míticos primordiales y altamente desconcertantes; y por otra parte, suficiente influencia para disuadir al mundo de los exploradores en general de emprender cualquier programa temerario y demasiado ambicioso en la región de esas montañas de la locura. Es un hecho infortunado que individuos relativamente desconocidos como yo y mis compañeros tengan poca oportunidad de convencer cuando están en juego cuestiones de naturaleza excesivamente grotesca o altamente polémica.

Tenemos también en contra el hecho de que, en el sentido más estricto de la palabra, no somos especialistas en las principales materias que han entrado en juego. Como geólogo, el objeto que perseguía al dirigir la expedición de la Universidad de Miskatonic era, exclusivamente, obtener a niveles muy profundos muestras de suelos y rocas de distintas partes del Continente Antártico, con ayuda de la extraordinaria perforadora ideada por el profesor Frank H. Pabodie, miembro de nuestra facultad de mecánica. No me animaba el deseo de descubrir nada en otro campo, pero sí esperaba que el empleo de este nuevo aparato mecánico en distintos sitios, siguiendo precedentes ya establecidos, permitiría extraer sustancias a las que hasta

entonces no había sido posible llegar por los procedimientos corrientes.

Como ya sabe el público por informes nuestros, el aparato barrenador creado por Pabodie era único y fundamental por su escaso peso, por ser muy manuable y capaz además de combinar el principio común de la barrena artesiana con el del pequeño taladro circular de rocas, de forma que era capaz de vencer rápidamente estratos de distinta dureza. Taladro de acero, vástagos articulados, motor de gasolina, grúa desmontable de madera, equipo para dinamitar, cordajes, barrena para eliminar el cascajo y tuberías seccionales para hacer perforaciones de cinco pulgadas de ancho y de hasta mil pies de profundidad; todo no excedía, con los accesorios necesarios, de la carga que podían llevar tres trineos de siete perros. Esto fue posible gracias a una hábil aleación de aluminio de que estaban hechos casi todos los objetos de metal. Cuatro grandes aviones Dornier, contruidos especialmente para volar a la enorme altura necesaria en la meseta antártica y equipados con aparatos adicionales ideados por Pabodie para calentar el combustible y encender los motores rápidamente, podrían transportar toda la expedición desde una base situada en el borde de la gran barrera de hielo a varios puntos adecuados del interior, y desde ellos nos bastaría con un número suficiente de perros.

Proyectábamos recorrer una superficie tan amplia como lo permitiera una temporada antártica —o más si era necesario— operando sobre todo en las cordilleras y en la meseta situadas al sur del

mar de Ross, regiones que Shackleton, Amundsen, Scott y Byrd habían recorrido. Mudando con frecuencia el campamento con ayuda de los aviones y poniendo entre uno y otro distancias lo bastante grandes desde el punto de vista geológico, esperábamos descubrir una cantidad sin precedente de materiales —sobre todo en los estratos precámbricos, de los que tan escasa variedad de muestras antárticas había podido reunirse hasta entonces—. Deseábamos también obtener la mayor variedad posible de rocas fosilíferas superiores, pues la historia de la vida original en ese yermo reino de hielo y muerte tiene la mayor importancia para conocer el pasado de la Tierra. Es cosa muy sabida que en una época el continente Antártico fue templado, e incluso tropical, y que tuvo una abundante vida vegetal y animal de la que los líquenes, la fauna marina, los arácnidos y los pingüinos del borde septentrional, son únicos supervivientes; esperábamos ampliar la variedad, la exactitud y los detalles de esos datos. Cuando una perforación revelara señales fosilíferas, la agrandaríamos haciendo volar cargas para poder recoger muestras del tamaño y las condiciones adecuados.

Las perforaciones, hechas a distintas profundidades, según prometiera la capa superior de tierra o roca, se limitarían a terrenos libres o casi libres de hielo —que inevitablemente serían elevaciones y cadenas montañosas pues los niveles inferiores estaban cubiertos de una costra de hielo sólido de una o dos millas de espesor. No podíamos desperdiciar tiempo ni material perforando las profundidades de lo que no fuera más que mera conge-

lación, si bien Pabodie había trazado un plan para sumergir electrodos de cobre en perforaciones muy unidas y de ese modo derretir extensiones reducidas de hielo merced a la corriente generada por una dínamo accionada con gasolina. Tal es el plan —que sólo pudimos poner en práctica de modo experimental en el curso de una expedición como la nuestra— que la próxima Expedición Starkweather-Moore se propone seguir, a pesar de las advertencias que he publicado desde que regresamos.

El público conoce la Expedición Miskatonic por nuestros frecuentes mensajes inalámbricos al *Arkham Advertiser* y a la Associated Press, y por posteriores artículos de Pabodie y míos. La expedición consistía en cuatro miembros de la universidad —Pabodie, Lake, de la facultad de Biología, Atwood, de la de Física —también meteorólogo—, yo, de Geología, y nominalmente al mando, además de dieciséis auxiliares; siete estudiantes graduados de Miskatonic y nueve mecánicos experimentados. De los dieciséis, doce eran pilotos de aviación, y todos, con excepción de dos, radiotelegrafistas competentes. Ocho entendían de navegación con brújula y sextante, como Pabodie, Atwood y yo. Además, nuestros buques —antiguos balleneros de madera reforzados para navegar entre hielos y con equipo de vapor auxiliar—, llevaban como es natural dotaciones completas.

Con ayuda de varias aportaciones especiales, la Fundación Nathaniel Derby Pickman sufragaba los gastos de la expedición, de ahí que nuestros preparativos fueran muy minuciosos a pesar de no

haberse divulgado mucho. Los perros, los trineos, los aparatos, el equipo de campamento y las partes desarmadas de nuestros cinco aviones fueron entregados en Boston y allí cargaron nuestros buques. Estábamos espléndidamente bien equipados para el propósito que llevábamos y en todo lo referente a abastecimientos, sistema, equipo de transporte y construcción de campamentos aprovechábamos el ejemplo excelente de muchos predecesores excepcionales y brillantes. Era su número y su reputación sin precedentes lo que hacía que nuestra expedición —a pesar de lo grande que era— fuera tan poco notada por el mundo.

Como informaron los periódicos, zarpamos de la bahía de Boston el 2 de septiembre de 1930 y navegando despacio seguimos la costa, cruzamos el canal de Panamá e hicimos escalas en Samoa, Hobart y Tasmania. En este último lugar cargamos las últimas provisiones. Nadie en nuestro grupo había estado antes en las regiones polares, por lo que todos dependíamos en gran medida de nuestros comandantes —J. B. Douglas, que mandaba el bergantín *Arkcham* y estaba al frente, y Georg Thorfinnssen, que capitaneaba la corbeta *Miskatonic*—, veteranos balleneros en aguas antárticas.

A medida que dejábamos atrás el mundo habitado, el sol se hundía más y más en el Norte y cada día permanecía mayor tiempo sobre el horizonte. A alrededor de los 62° de latitud Sur, vimos los primeros témpanos de hielo —objetos parecidos a mesas, de lados verticales— y justamente antes de llegar al Círculo Antártico, que cruzamos el 20 de octubre con las curiosas ceremonias de rigor, tuvi-

mos considerables dificultades al tropezar con hielo compacto. El descenso de las temperaturas me atormentó mucho tras el largo viaje a través de los trópicos, pero traté de animarme para los rigores peores que habían de llegar. Los curiosos efectos atmosféricos me encantaron grandemente, entre ellos un espejismo muy vívido —el primero que jamás viera— en el que lejanos témpanos se convertían en contrafuertes de cósmicos castillos.

Navegando a través de hielos, que por suerte no cubrían una zona muy extensa ni eran espesos, volvimos al mar abierto a los 67° de latitud Sur y los 175° de longitud Este. La mañana del 26 de octubre vimos que hacia el sur se destacaba con fuerza una franja de tierra, y antes del mediodía todos nos sentimos presa de gran excitación al contemplar una vasta cadena montañosa, elevada y cubierta de nieve, que al ancharse abarcaba todo el horizonte. Al fin encontrábamos una avanzada del gran continente desconocido y su críptico mundo de helada muerte. Evidentemente estos picos formaban la cadena del Almirantazgo, que Ross descubriera, y debíamos doblar el cabo Adare y bajar por la costa oriental de la Tierra de Victoria hasta nuestra proyectada base en el Sund de McMurdo, al pie del volcán Erebus, a los 77° 9' de latitud Sur.

El último trecho del viaje fue muy vívido y excitó nuestra imaginación. Grandes picos desnudos y llenos de misterio asomaban constantemente por el oeste mientras el bajo sol septentrional o el sol meridional de medianoche, pastando a menor altura aún en el horizonte, arrojaba sus neblinosos rayos rojizos sobre la blanca nieve, el azulado hielo

y las avenidas de agua, y por sobre los negros fragmentos de las peladas montañas de granito. Sobre las cimas desoladas soplaban iracundas ráfagas intermitentes del terrible viento antártico, cuya cadencia a veces sugería vagamente una música salvaje oída a medias y producida por inmensos tubos con notas que abarcaban una amplísima escala, y que por alguna razón mnemónica subconsciente me parecía inquietante y oscuramente terrible. Algo en aquella escena me recordaba las pinturas de Asia, extrañas y perturbadoras, de Nicholas Roerich, y las descripciones más extrañas y perturbadoras de la meseta de Leng, de maligna reputación, que aparecen en el pavoroso *Necrocomium*, de Abdul Alhazred, el árabe loco. Más tarde tuve que lamentar haber mirado ese libro monstruoso en la biblioteca de la universidad.

El 7 de noviembre, después de perder temporalmente la cordillera occidental, pasamos frente a la isla Franklin, y al día siguiente vimos erguirse frente a nosotros los montes Erebus y Terror, en la isla de Ross, y la larga silueta de los montes Parry, más lejana. La línea larga y blanca de la gran barrera de hielo se extendía ahora hacia el este, alzándose en perpendicular hasta una altura de más de sesenta metros, como los farallones rocosos de Quebec, y señalando el fin de la navegación hacia el sur. Esa tarde entramos en el Sund de McMurdo y nos situamos a distancia de la costa, a sotavento del humeante monte Erebus. El escoriáceo pico se alzaba unos tres mil ochocientos metros contra el cielo del oriente, como un grabado japonés del sagrado Fujiyama, mientras más allá la blan-

ca altura fantasmal del monte Terror, un volcán extinguido, se elevaba a tres mil trescientos pies.

El Erebus humeaba de modo intermitente y uno de los estudiantes graduados —un talentoso muchacho llamado Danforth— señaló lo que parecía ser lava en la nevada cima, haciendo observar que esta montaña, descubierta en 1840, sin duda había dado la imagen a Poe, cuando siete años después escribiera:

*—las lavas que sin cesar arrojan
su sulfurosa corriente por el Yaanak
en los climas extremos del Polo—
que gimen cuando ruedan por el Yaanak
en los reinos del Polo Boreal.*

Danforth era un gran lector de cosas raras y había hablado mucho de Poe. A mí me interesaban por el escenario antártico del único relato largo de Poe —el perturbador y enigmático *Arthur Gordon Pym*—. Por la costa desnuda y sobre la alta barrera de hielo que se alzaba al fondo miríadas de grotescos pingüinos chillaban y agitaban sus aletas y multitud de gruesas focas se veían nadando en el agua, y desparramadas sobre grandes bloques de hielo a la deriva.

Con ayuda de botes pequeños, realizamos un difícil desembarco en la isla de Ross poco después de medianoche, en la madrugada del día 9, llevando un cable desde cada buque, e hicimos los preparativos para descargar los avíos por medio de un dispositivo de bragas. Al pisar por primera vez el suelo antártico experimentamos complejas sensa-

ciones aunque las expediciones de Scott y Shackleton hubieran llegado antes que nosotros a aquel sitio. Nuestro campamento en la costa helada, por debajo de la escarpadura del volcán, era sólo provisional, ya que el cuartel general de la expedición estaba a bordo del *Arkham*. Descargamos la máquina de perforar, los perros, los trineos, las tiendas, las provisiones, los tanques de gasolina, el equipo experimental de derretir el hielo, las cámaras, tanto las corrientes como las aéreas, las piezas de los aviones y demás accesorios, entre ellos tres pequeños aparatos portátiles de radio —adicionales a los que irían en los aviones— capaces de establecer comunicación con el equipo mayor del *Arkham* desde cualquier parte del continente Antártico que quisiéramos visitar. El equipo del buque, comunicándose con el mundo exterior, transmitiría informaciones de prensa a la poderosa estación del *Arkham Advertiser* en Kingsport Head, Massachusetts. Abrigábamos la esperanza de terminar nuestros trabajos en el curso de un solo verano antártico, pero si no era posible invernaríamos en el *Arkham* y enviaríamos el *Miskatonic* al norte antes de que se cerraran los hielos, a traer las provisiones para otro verano.

No tengo que repetir lo que ya ha dicho la prensa sobre la primera parte de nuestros trabajos: el ascenso al monte Erebus; las perforaciones realizadas con éxito en varios sitios de la isla de Ross y la singular rapidez con que el aparato de Pabodie fue capaz de hacerlas, atravesando incluso capas de roca sólida; el ensayo provisional que realizamos con el pequeño equipo de derretir hielo; la peligrosa

ascensión a la gran barrera con los trineos y el equipo, y por último, la forma en que logramos reunir cinco aviones enormes en el campamento, situado en la cima de la barrera. El estado de salud del grupo de tierra —veinte hombres y cincuenta y cinco perros de Alaska— era notable, aunque en realidad aún no habíamos encontrado temperaturas ni tormentas destructoras. Durante casi todo el tiempo, el termómetro oscilaba entre -17 y -6 o -3 °C, y los inviernos de Nueva Inglaterra nos habían acostumbrado a tales rigores. El campamento situado sobre la barrera era semipermanente y su objeto era servir de depósito de gasolina, provisiones, dinamita y otros materiales.

Sólo necesitábamos cuatro de los aviones para transportar el equipo de exploración: el quinto lo dejábamos en el depósito a cargo de un piloto y de dos tripulantes de los buques para que hubiera un medio de llegar desde el *Arkham* hasta donde estuviéramos en caso de perderse todos los aviones exploradores. Más tarde, cuando no se utilizaran todos los otros aviones para el transporte de los aparatos, destinaríamos uno o dos a un servicio de transporte entre este depósito y otra base permanente en la gran meseta, de nueve a mil ciento veinte kilómetros hacia el sur, más allá del glaciar de Beardmore. A despecho de los relatos casi unánimes sobre espantosos vientos y tempestades que soplan desde lo alto de la meseta, decidimos no tener bases intermedias y correr los riesgos que fueran necesarios en interés de la economía y de la probable eficacia.

Las informaciones cablegráficas han contado el impresionante vuelo de cuatro horas sin escalas

que realizó nuestra escuadrilla el 21 de noviembre sobre el altísimo banco de hielo, entre los grandes picos que se alzaban por occidente mientras los silencios insondables repetían el eco de nuestros motores. El viento nos molestó muy poco y las brújulas direccionales de radio nos ayudaron a atravesar el único banco de opaca niebla que tropezamos. Cuando la gran elevación asomó frente a nosotros, entre los 83 y los 84° de latitud, supimos que habíamos llegado al glaciar de Beardmore, el mayor ventisquero del planeta, y que el mar helado cedía ahora el lugar a una línea de costa ceñuda y montañosa. Al fin entrábamos, realmente, en el mundo blanco, muerto durante miles de siglos, del último confín del sur. Al mismo tiempo, vimos surgir por el oriente la cumbre del monte Nansen elevándose hasta casi alcanzar los cuatro mil seiscientos metros.

El feliz establecimiento de la base sur por encima del glaciar, a los 86° 7' de latitud y los 174° 23' de longitud Este, y las horadaciones y voladuras que hicimos con rapidez increíble en sitios alcanzados en viajes cortos por trineo y avión ya pertenecen a la historia, junto con el arduo y triunfal ascenso que hicieron Pabodie y dos de los graduados —Gedney y Garoll— entre el 13 y el 15 de diciembre. Estábamos a unos dos mil seiscientos metros por encima del nivel del mar, y cuando las perforaciones revelaron la presencia de suelo sólido en ciertos sitios, a menos de cuatro metros bajo la nieve y el hielo, empleamos los pequeños aparatos de derretir y barrenamos e hicimos estallar dinamita en muchos puntos donde jamás a otro ex-

plorador se le hubiera ocurrido obtener muestras de minerales. Los granitos precámbricos y la piedra arenisca que obtuvimos nos confirmaron en la creencia de que la meseta formaba un todo homogéneo con la gran masa continental situada hacia el oeste, pero que difería algo de las regiones que estaban hacia el oeste, por debajo de América del Sur, que entonces creíamos que formaban otro continente más pequeño separado del mayor por un trecho helado de los mares de Ross y de Weddell, aunque Byrd refutó posteriormente esa hipótesis.

En algunas de las rocas areniscas que hicimos volar y luego probamos con los cinceles, hallamos señales y fragmentos fósiles sumamente interesantes, entre ellos helechos, algas, trilobites y crinoides, y moluscos como lúgulas y gasterópodos, que parecían tener verdadera importancia en la historia de los orígenes de la región. Vimos también una extraña marca, triangular y estriada, de treinta centímetros de diámetro a lo sumo, que Lake observó al unir tres fragmentos de pizarra traídos desde una abertura donde habíamos dinamitado a profundidad. Estos fragmentos procedían de un punto situado al oeste, cerca de la cordillera de la Reina Alejandra. Para Lake, que era biólogo, las marcas que se observaban en ellos resultaban intrigantes y despertaban su curiosidad, aunque a mis ojos de geólogo se asemejaban a las ondas que se observan con cierta frecuencia en las rocas sedimentarias. Como la pizarra no es más que una formación metamorfofísica sobre la que presiona un estrato sedimentario, y como la pro-

pía presión produce extrañas distorsiones en cualquier marca que pueda haber, no vi razón para asombrarme ante esta depresión estriada.

El 6 de enero de 1931, Lake, Pabodie, Daniels, los seis estudiantes, cuatro mecánicos y yo, volamos directamente sobre el Polo Sur en dos de los grandes aviones, y un fuerte viento, que por suerte no se convirtió en tormenta, nos hizo perder altura en una ocasión. Como ha dicho la prensa, éste fue uno de varios vuelos de observación, y en el curso de otros tratamos de señalar nuevas características topográficas en regiones donde ningún explorador había llegado. En este aspecto los primeros vuelos nos decepcionaron, si bien nos proporcionaron algunos ejemplos magníficos de los fantásticos y engañosos espejismos de las regiones polares, que el viaje por mar nos anticipara brevemente. Lejanas montañas flotaban en el cielo, como semejantes a ciudades encantadas, y con frecuencia todo aquel blanco mundo se disolvía en una tierra de oro, plata y carmín —que lord Dunsay hubiera podido entrever en sus cuentos fantásticos— y de prometedoras aventuras bajo el encanto del bajo sol de medianoche. En días nublados teníamos grandes dificultades para volar, por la tendencia de la tierra cubierta de nieve y el cielo a unirse en un místico, opalescente vacío, sin que ningún horizonte visible marcara el punto en que se encontraban.

Por último, nos resolvimos a llevar a cabo nuestro plan original de volar ochocientos kilómetros hacia el este con los cuatro aviones de exploración y establecer una nueva base auxiliar, en un punto

que —pensamos equivocadamente— con toda probabilidad estaría situado en la parte menor del continente. Las muestras geológicas que allí obtuviéramos nos servirían para establecer comparaciones. Hasta entonces habíamos gozado de una salud espléndida; el zumo de naranja compensaba bien la dieta única de alimentos en conserva y salados, y las temperaturas, casi siempre por encima de -17°C , nos permitían prescindir de las pieles más gruesas. Estábamos a mitad del verano y si nos dábamos prisa y trabajábamos bien podríamos terminar en marzo y evitarnos un tedioso invierno en la larga noche antártica. Varias tormentas violentísimas habían soplado desde el oeste, pero habíamos logrado escapar sin daños gracias a la pericia de Atwood, que construyó hangares primitivos y rompevientos con pesados bloques de nieve, y reforzó también con nieve los principales refugios del campamento. Nuestra buena suerte y la eficacia con que actuábamos eran casi increíbles.

Desde luego, el mundo exterior conocía nuestro programa y también fue informado de la extraña y tenaz insistencia de Lake en hacer un viaje de exploración hacia el oeste —o más bien el noroeste— antes de que nos trasladáramos del todo a la nueva base. Parece que había meditado mucho, y con alarmante y radical audacia, sobre la marca triangular y estriada en la pizarra, viendo en ella ciertas contradicciones en la naturaleza y en el período geológico que excitaron su curiosidad hasta el máximo y le hicieron desear que realizáramos nuevas perforaciones y voladuras en la formación que se alargaba hacia el occidente, a la que eviden-

temente pertenecían los fragmentos exhumados. Tenía el extraño convencimiento de que la marca había sido hecha por algún organismo de gran tamaño desconocido y completamente clasificable y de un grado de evolución muy avanzado, a pesar de que la roca donde apareció databa de una fecha tan inmensamente remota —del período Cámbrico, si no Precámbrico— que excluía la existencia probable no sólo de toda vida altamente evolucionada, sino también de toda vida que hubiera llegado más allá de la etapa unicelular, o a lo sumo, de los trilobites. Tanto estos fragmentos como sus extrañas marcas debían tener de quinientos a mil millones de años de edad.